

Benito Pérez
Galdós

Trafalgar

La corte
de Carlos IV



Real
Academia
Española

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VOLUMEN 105

TRAFALGAR
LA CORTE DE CARLOS IV



SUMARIO

Presentación

IX

TRAFALGAR

I-148

LA CORTE DE CARLOS IV

149-355

Apéndice

357

ESTUDIO Y ANEXOS

Benito Pérez Galdós
y los «Episodios nacionales»

371

Aparato crítico

431

Notas complementarias

495

Bibliografía

587

Índice de notas

605

Tabla

TRAFALGAR



Se me permitirá que antes de referir el gran suceso de que fui testigo diga algunas palabras sobre mi infancia, explicando por qué extraña manera me llevaron los azares de la vida a presenciar la terrible catástrofe de nuestra Marina.

Al hablar de mi nacimiento, no imitaré a la mayor parte de los que cuentan hechos de su propia vida, quienes empiezan nombrando su parentela, las más veces noble, siempre hidalga por lo menos, si no se dicen descendientes del mismo emperador de Trapisonda.¹ Yo, en esta parte, no puedo adornar mi libro con sonoros apellidos; y, fuera de mi madre, a quien conocí por poco tiempo, no tengo noticia de ninguno de mis ascendientes, si no es de Adán, cuyo parentesco me parece indiscutible.² Doy principio, pues, a mi historia como Pablos, el buscón de Segovia: afortunadamente Dios ha querido que en esto solo nos parezcamos.³

Yo nací en Cádiz, y en el famoso barrio de La Viña que no es hoy, ni menos era entonces, academia de buenas costumbres.⁴ La memoria no me da luz alguna sobre mi persona y mis acciones en la niñez, sino desde la edad de seis años; y si recuerdo esta fecha es porque la asocio a un suceso naval de que oí hablar entonces: el combate del cabo de Vicente, acaecido en 1797.⁵

Dirigiendo una mirada hacia lo que fue, con la curiosidad y el interés propios de quien se observa, imagen confusa y borrosa, en el cuadro de las cosas pasadas, me veo jugando en la Caleta con otros chicos de mi edad, poco más o menos.⁶ Aquello era para mí la vida entera; más aún, la vida normal de nuestra privilegiada especie; y los que no vivían como yo me parecían seres excepciona-

1. La referencia a este personaje —a medio camino entre la historia y la leyenda— remite con toda probabilidad al prólogo del *Quijote*. Galdós la emplea conjugada con su actual sentido familiar y figurado de ‘embrollo, lío, enredo’. Solo con este segundo sentido, *Trapisonda* reaparece en IV.^o 2. La broma recuerda el inicio de *Vida y aventuras de Martín Chuzzlewit*, de Dickens.^o 3. La debatida relación de *Trafalgar* con la no-

vela picaresca y, en especial, con el *Buscón* deriva explícitamente de este párrafo.^o 4. *La Viña* es un barrio popular y marinero en las afueras de Cádiz, hacia el sur, donde antes se extendían viñas.^o

5. En *el combate del cabo San Vicente* la escuadra inglesa derrotó a la española al sur de Portugal. Reaparecerá cinco capítulos más adelante, y la información sobre él atañe tanto a la novela como a la historia.^o 6. *la Caleta*: pequeña pla-

les del humano linaje; pues, en mi infantil inocencia y desconocimiento del mundo, yo tenía la creencia de que el hombre había sido criado para la mar, habiéndole asignado la Providencia como supremo ejercicio de su cuerpo la natación y como constante empleo de su espíritu el buscar y coger cangrejos, ya para arrancarles y vender sus estimadas bocas, que llaman de la Isla, ya para propia satisfacción y regalo, mezclando así lo agradable con lo útil.⁷

La sociedad en que yo me crie era, pues, de lo más rudo, insipiente y soez que puede imaginarse,⁸ hasta tal punto que los chicos de la Caleta éramos considerados como más canallas que los que ejercían igual industria y desafiaban con igual brío los elementos en Puntales; merced a cuya diferencia uno y otro bando nos considerábamos como rivales, y a veces medíamos nuestras fuerzas en la Puerta de Tierra con grandes y ruidosas pedreas, que manchaban el suelo de heroica sangre.⁹

Cuando tuve edad para meterme de cabeza en los negocios por cuenta propia, con objeto de ganar honradamente algunos cuartos, recuerdo que lucí mi travesura en el muelle, sirviendo de introductor de embajadores a los muchos ingleses que entonces como ahora nos visitaban. El muelle era una escuela ateniense para despabilarse en pocos años y yo no fui de los alumnos menos aprovechados en aquel vasto ramo del saber humano, así como tampoco dejé de sobresalir en el merodeo de la fruta, para lo cual ofrecía ancho campo a nuestra iniciativa y altas especulaciones la plaza de San Juan de Dios.¹⁰ Pero quiero poner punto en esta parte de mi historia, pues hoy recuerdo con vergüenza tan grande envilecimiento y doy gracias a Dios de que me librara pronto de él,¹¹ llevándome por más noble camino.

ya de la ciudad de Cádiz.^o **7.** *bocas*: pinzas de los cangrejos; *la Isla*: la Villa de la Real Isla de León, actual ciudad de San Fernando, situada en la misma bahía de Cádiz. El párrafo se corrigió y amplió a partir de la edición de 1882, logrando mayor concreción costumbrista.^o **8.** *insipiente*: 'falto de sabiduría o ciencia'.^o **9.** *Puntales*: barrio de Cádiz donde, desde tiempos de Felipe V, estaban los astilleros. *Puerta de Tierra*: única entrada terrestre de la muralla que

rodeaba a la ciudad, ya que esta se encuentra en una pequeña península. La puerta, de gran tamaño, se construyó en 1754. **10.** Las alusiones en todo el fragmento son de evidente naturaleza paródica sobre un ambiente culto contrario al que se describe: *escuela ateniense*, *academia de buenas costumbres*, *vasto ramo del saber humano*, *altas especulaciones*. **11.** *La plaza de San Juan de Dios*, cercana a la catedral, en la que se instalaba el mercado de frutas y hortalizas y se mez-

Entre las impresiones que conservo, está muy fijo en mi memoria el placer entusiasta que me causaba la vista de los barcos de guerra, cuando se fondeaban frente a Cádiz o en San Fernando.¹² Como nunca pude satisfacer mi curiosidad viendo de cerca aquellas formidables máquinas, yo me las representaba de un modo fantástico y absurdo, suponiéndolas llenas de misterios.

Afanosos por imitar las grandes cosas de los hombres, los chicos hacíamos también nuestras escuadras, con pequeñas naves, rudamente talladas, a que poníamos velas de papel o trapo, marinándolas con mucha decisión y seriedad en cualquier charco de Puntales o la Caleta.¹³ Para que todo fuera completo, cuando venía algún cuarto a nuestras manos, por cualquiera de las vías industriales que nos eran propias,¹⁴ comprábamos pólvora en casa de la tía Coscoja de la calle del Torno de Santa María y con este ingrediente hacíamos una completa fiesta naval.¹⁵ Nuestras flotas se lanzaban a tomar viento en océanos de tres varas de ancho,¹⁶ disparaban sus piezas de caña, se chocaban remedando sangrientos abordajes, en que se batía con gloria su imaginaria tripulación, cubríalas el humo dejando ver las banderas, hechas con el primer trapo de color encontrado en los basureros, y en tanto nosotros bailábamos de regocijo en la costa, al estruendo de la artillería, figurándonos ser las naciones a que correspondían aquellos barcos, y creyendo que en el mundo de los hombres y de las cosas grandes las naciones bailarían lo mismo, presenciando la victoria de sus queridas escuadras. Los chicos ven todo de un modo singular.

Aquella era época de grandes combates navales, pues había uno cada año y alguna escaramuza cada mes.¹⁷ Yo me figuraba que las

claban gentes de diversa condición, más de una vez es en *Trafalgar* escenario de sabor quevedesco. También la *vergüenza* del narrador ha recordado a la de Pablos.¹² **13.** El entusiasmo infantil de Gabriel ante *la vista de los barcos de guerra*, redoblado en el adolescente del capítulo IX, proviene, con independencia de su funcionalidad en la novela, del que también sintió siempre su autor. La antigua Villa de la Real Isla de León pasó a llamarse San Fernando a partir de 1813.¹³ **13.** *marinándolas*: 'tripulándolas, mane-

jándolas'. **14.** *vías industriales*: 'medios de ingenio o maña' en el texto, con alusión irónica a la acepción más generalizada 'medios de obtención de un producto'. **15.** *Torno de Santa María*: callejuela cercana a la plaza de San Juan de Dios, en Cádiz. **16.** Unos dos metros y medio, ya que la *vara* es una medida de longitud equivalente a 83'59 centímetros. **17.** Entre 1796 y 1802 la alianza con Francia obligó a la Marina española a enfrentarse reiteradas veces con la inglesa. Cádiz, por su situación

escuadras se batían unas con otras pura y simplemente porque les daba la gana o con objeto de probar su valor, como dos guapos que se citan fuera de puertas para darse de navajazos.¹⁸ Me río recordando mis extravagantes ideas respecto a las cosas de aquel tiempo. Oía hablar mucho de Napoleón, ¿y cómo creen ustedes que yo me lo figuraba? Pues nada menos que igual en todo a los contrabandistas que procedentes del campo de Gibraltar se veían en el barrio de La Viña con harta frecuencia; me lo figuraba caballero en un potro jerezano, con su manta, polainas, sombrero de fieltro y el correspondiente trabuco.¹⁹ Según mis ideas, con este pergeño y seguido de otros aventureros del mismo empaque, aquel hombre que todos pintaban como extraordinario conquistaba la Europa, es decir, una gran isla, dentro de la cual estaban otras islas, que eran las naciones, a saber: Inglaterra, Génova, Londres, Francia, Malta, la tierra del Moro, América, Gibraltar, Mahón, Rusia, Tolón, etc.²⁰ Yo había formado esta geografía a mi antojo, según las procedencias más frecuentes de los barcos con cuyos pasajeros hacía algún trato, y no necesito decir que, entre todas estas naciones o islas, España era la mejorcita, por lo cual los ingleses, unos a modo de salteadores de caminos, querían cogérsela para sí. Hablando de esto y otros asuntos diplomáticos, yo y mis colegas de la Caleta decíamos mil frases inspiradas en el más ardiente patriotismo.²¹

Pero no quiero cansar al lector con pormenores que solo se refieren a mis particulares impresiones y voy a concluir de hablar de mí. El único ser que compensaba la miseria de mi existencia con un desinteresado afecto era mi madre. Solo recuerdo de ella

estratégica y por la equidistancia de las bases navales francesas y españolas en el Atlántico (Brest y Ferrol) y en el Mediterráneo (Tolón y Cartagena) y por su cercanía a Gibraltar (posesión inglesa desde 1704), fue centro neurálgico de la guerra en el mar. Desde 1799, por orden de Napoleón, se reunió allí el grueso de la escuadra francoespañola y se consideró base naval conjunta.¹⁸

18. *guapos*: 'pendencieros', 'bravucones'.

19. La figura del bandolero «es una vieja estampa de esta época, que seguirá viva hasta bien entrado el siglo XIX,

alimentando la literatura popular».¹⁹

20. Los conocimientos geográficos de Gabriel niño coinciden con el movimiento portuario de Cádiz, escala obligada para los barcos que comunicaban el Atlántico con el Mediterráneo; por ello, sin hacer distinciones, menciona países, puertos e islas, además de aludir al vecino norte de África con la imprecisa denominación de «tierra del Moro».²⁰

21. Aparece aquí, con un sentido que el protagonista modificará bien avanzada la novela, el sentimiento patrio que caracteriza a los *Episodios*.²¹

que era muy hermosa o, al menos, a mí me lo parecía. Desde que quedó viuda se mantenía y me mantenía lavando y componiendo la ropa de algunos marineros.²² Su amor por mí debía de ser muy grande. Caí gravemente enfermo de la fiebre amarilla que entonces asolaba a Andalucía²³ y, cuando me puse bueno, me llevó como en procesión a oír misa a la catedral vieja,²⁴ por cuyo pavimento me hizo andar de rodillas más de una hora, y en el mismo retablo en que la oímos puso, en calidad de exvoto,²⁵ un niño de cera que yo creí mi perfecto retrato.

Mi madre tenía un hermano y, si aquella era buena, este era malo y muy cruel por añadidura. No puedo recordar a mi tío sin espanto y, por algunos incidentes sueltos que conservo en la memoria, colijo que aquel hombre debió de haber cometido un crimen en la época a que me refiero. Era marinero y, cuando estaba en Cádiz y en tierra, venía a casa borracho como una cuba y nos trataba fieramente, a su hermana de palabra, diciéndole los más horrendos vocablos, y a mí de obra, castigándome sin motivo.²⁶

Mi madre debió padecer mucho con las atrocidades de su hermano y esto, unido al trabajo tan penoso como mezquinamente retribuido, aceleró su fin, el cual dejó indeleble impresión en mi espíritu, aunque mi memoria puede hoy apreciarlo solo de un modo vago.

En aquella edad de miseria y vagancia yo no me ocupaba más que en jugar junto a la mar o en correr por las calles. Mis únicas contrariedades eran las que pudieran ocasionarme un bofetón de mi tío, un regaño de mi madre o cualquier contratiempo en la organización de mis escuadras. Mi espíritu no había conocido aún ninguna emoción fuerte y verdaderamente honda, hasta que

22. El oficio de lavandera coincide con el de la madre de Lázaro de Tormes.^o

23. A finales del XVIII se sucede en España una serie de malas cosechas que hacen subir el precio de los cereales. La desnutrición se generaliza y en 1800 se declara una epidemia de «fiebre amarilla» (llamada también «vómito negro»); traída de América, devasta Cádiz, Sevilla, y se extiende por toda Andalucía y Levante. La crisis económica iniciada en 1803 colabora en su propagación.^o

24. La iglesia de Santa Cruz. La construcción de una nueva catedral se inició en 1722, pero entre 1796 y 1836 la obra estuvo interrumpida. 25. Ofrenda de agradecimiento a Dios, en este caso por la curación del niño. 26. La figura del tutor o del padrastro vincula de nuevo el relato de Gabriel con la picaresca: también el «hombre moreno» que se amanceba con la madre de Lázaro y el tío verdugo de Pablos influyen en el carácter itinerante de las tres narraciones.

la pérdida de mi madre me presentó la vida humana bajo un aspecto muy distinto del que hasta entonces había tenido para mí. Por eso la impresión sentida no se ha borrado nunca de mi alma. Transcurridos tantos años, recuerdo aún,²⁷ como se recuerdan las medrosas imágenes de un mal sueño, que mi madre yacía postrada con no sé qué padecimiento; recuerdo haber visto entrar en casa unas mujeres, cuyos nombres y condición no puedo decir; recuerdo oír lamentos de dolor, y sentirme yo mismo en los brazos de mi madre; recuerdo también, refiriéndolo a todo mi cuerpo, el contacto de unas manos muy frías, pero muy frías; creo que después me sacaron de allí; y con estas indecisas memorias se asocia la vista de unas velas amarillas que daban pavorosa claridad en medio del día, el rumor de unos rezos, el cuchicheo de unas viejas charlatanas, las carcajadas de unos marineros ebrios y, después de esto, la triste noción de la orfandad, la idea de hallarme solo y abandonado en el mundo, idea que embargó mi pobre espíritu por algún tiempo.

No tengo presente lo que hizo mi tío en aquellos días. Solo sé que sus crueldades conmigo se redoblaron hasta tal punto que, cansándome de sus malos tratos, me evadí de la casa, deseoso de buscar fortuna. Me fui a San Fernando, de allí a Puerto Real. Junteme con la gente más perdida de aquellas playas, fecundas en héroes de encrucijada, y no sé cómo ni por qué motivo fui a parar con ellos a Medinasidonia,²⁸ donde, hallándonos cierto día en una taberna, se presentaron algunos soldados de Marina que hacían la leva y nos desbandamos,²⁹ refugiándose cada cual donde pudo. Mi buena estrella me llevó a cierta casa, cuyos dueños se apiadaron de mí, mostrándome gran interés, sin duda por el relato que de rodillas, bañado en lágrimas y con ademán suplicante hice de mi triste estado, de mi vida, y sobre todo de mis desgracias.

Aquellos señores me tomaron bajo su protección, librándome de la leva, y desde entonces quedé a su servicio. Con ellos me trasladé a Vejer de la Frontera,³⁰ lugar de su residencia, pues solo estaban de paso en Medinasidonia.

Y otro tanto sucede con la de la madre.^o

27. En la versión aquí editada, Galdós amplió el pasaje sobre la muerte de la madre del protagonista. **28.** *Puerto Real* también está en la bahía de Cádiz.

Medinasidonia, en el interior, dista unos veinticinco kilómetros de Puerto Real.

29. *leva*: 'recluta o enganche de gente para el servicio militar'.^o **30.** Pueblo del interior de la provincia de Cádiz

Mis ángeles tutelares fueron don Alonso Gutiérrez de Cisniega,³¹ capitán de navío, retirado del servicio, y su mujer, ambos de avanzada edad. Enseñáronme muchas cosas que no sabía y, como me tomaran cariño al poco tiempo, adquirí la plaza de paje del señor don Alonso, al cual acompañaba en su paseo diario, pues el buen inválido no movía el brazo derecho y con mucho trabajo la pierna correspondiente. No sé qué hallaron en mí para despertar su interés: sin duda, mis pocos años, mi orfandad y también la docilidad con que les obedecía fueron parte a merecer una benevolencia a que he vivido siempre profundamente agradecido. Hay que añadir a las causas de aquel cariño, aunque me esté mal el decirlo, que yo, no obstante haber vivido hasta entonces en contacto con la más desarrapada canalla, tenía cierta cultura o delicadeza ingénita que en poco tiempo me hizo cambiar de modales, hasta el punto de que algunos años después, a pesar de la falta de todo estudio, estaba en disposición de poder pasar por persona bien nacida.³²

Cuatro años hacía que estaba en la casa, cuando ocurrió lo que voy a referir. No me exija el lector una exactitud que no es posible, tratándose de sucesos ocurridos en la primera edad y narrados en el ocaso de la existencia, cuando cercano a mi fin, después de una larga y muy trabajosa vida, siento que el hielo de la senectud entorpece mi mano al manejar la pluma, mientras el entendimiento aterido intenta engañarse, buscando en el regalo de dulces o ardientes memorias un pasajero rejuvenecimiento. Como aquellos viejos verdes que creen despertar su voluptuosidad dormida, engañando los sentidos con la contemplación de hermosuras pintadas,³³ así intentaré dar interés y lozanía a los mustios pensamientos de mi ancianidad, recalentándolos con la representación artificiosa de antiguas grandezas.

Y el efecto es inmediato. ¡Maravillosa superchería de la imaginación! Como quien repasa hojas hace tiempo dobladas de un libro que se leyó, así miro con curiosidad y asombro los años que fueron y, mientras dura el embeleso de esta contemplación, parece que un genio amigo viene y me quita de encima la pesadumbre

situado a 56 km de la capital. **31.** Los nombres propios de los personajes son con mucha frecuencia significativos en Galdós.^o **32.** Aparece ya el interés de ascenso social del protagonista que cul-

minará en el último episodio de esta primera serie, *La batalla de los Arapiles* (1874). **33.** Galdós había escrito previamente *picantes hermosuras*, de acuerdo con el tono erótico del pasaje y, ya

de los años, aligerando la carga de mi ancianidad, que tanto agobia el cuerpo como el alma. Esta sangre, tibio y perezoso humor que hoy apenas presta escasa animación a mi caduco organismo, se enardece, se agita, circula, bulle, corre y palpita en mis venas con acelerada pulsación. Parece que en mi cerebro entra de improviso una gran luz que ilumina y da forma a mil ignorados prodigios, como la antorcha del viajero que, esclareciendo la oscura cueva, da a conocer las maravillas de la geología tan de repente que parece que las crea. Y al mismo tiempo mi corazón, muerto para las grandes sensaciones, se levanta, Lázaro llevado por voz divina,³⁴ y se me sacude en el pecho, causándome a la vez dolor y alegría.

Soy joven, el tiempo no ha pasado; tengo frente a mí los principales hechos de mi mocedad; estrecho la mano de antiguos amigos; en mi ánimo se reproducen las emociones dulces o terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías así como las grandes penas, asociadas en los recuerdos como lo están en la vida. Sobre todos mis sentimientos domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso período comprendido entre 1805 y 1834.³⁵ Cercano al sepulcro y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patria!³⁶ En cambio yo aún puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día.

A este sentimiento consagré mi edad viril y a él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndole por genio tutelar o ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fue de mi existencia real. Muchas cosas voy a contar: ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Zaragoza, Gerona, Arapiles...!³⁷ De todo esto diré alguna cosa, si no os

en el manuscrito, lo corrigió.³⁰ **34.** Se refiere a Lázaro de Betania, resucitado por Jesús, según el evangelio de san Juan 11:41-44. **35.** Galdós proyectaba inicialmente valerse de Gabriel para evocar el período 1805-1840, fechas que figuran en las primeras ediciones. A partir de la edición de 1882 redujo estas fechas a 1805-1834, que olvidó corregir, a pesar de que las memorias del personaje terminan en 1813, coincidiendo

con el final de la Guerra de la Independencia. De los años restantes, 1814-1834, se ocupará, en la mayor parte de la segunda serie de los *Episodios*, un narrador omnisciente.³¹ **36.** Probable eco de la cita latina *Sanctus amor patriae dat animum*, epígrafe de la famosa colección de textos medievales conocida con el nombre de *Monumenta Germaniae Historia*, cuyo primer tomo apareció en 1826. **37.** Son hitos de la Guerra de la Inde-

falta la paciencia. Mi relato no será tan bello como debiera; pero haré todo lo posible para que sea verdadero.³⁸

II

En uno de los primeros días de octubre de aquel año funesto (1805) mi noble amo me llamó a su cuarto y, mirándome con su habitual severidad (cualidad tan solo aparente, pues su carácter era sumamente blando), me dijo:

—Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

No supe al principio qué contestar, porque, a decir verdad, en mis catorce años de vida no se me había presentado aún ocasión de asombrar al mundo con ningún hecho heroico; pero el oírme llamar «hombre» me llenó de orgullo y, pareciéndome al mismo tiempo indecoroso negar mi valor ante persona que lo tenía en tan alto grado, contesté con pueril arrogancia:

—Sí, mi amo, soy hombre de valor.

Entonces aquel insigne varón, que había derramado su sangre en cien combates gloriosos,¹ sin que por esto se desdenara de tratar confiadamente a su leal criado, sonrió ante mí, hízome seña de que me sentara y ya iba a poner en mi conocimiento alguna importante resolución cuando su esposa y mi ama doña Francisca entró de súbito en el despacho para dar mayor interés a la conferencia y comenzó a hablar destempladamente en estos términos:

—No, no irás... te aseguro que no irás a la escuadra. Pues no faltaba más... ¡A tus años y cuando te has retirado del servicio por viejo! ¡Ay Alonsito, has llegado a los setenta y ya no estás para fiestas!

Me parece que aún estoy viendo a aquella respetable cuanto iracunda señora con su gran papalina, su saya de organdí, sus rizos

pendencia, sobre cuya selección Galdós duda en las primeras ediciones y no fija definitivamente hasta 1882; pero la exclamación de Gabriel prueba que el autor tenía ya en 1873 un proyecto de cómo desarrollar la historia a lo largo de toda la primera serie.^o 38. Los límites que se imponen aquí a la amenidad en función del rigor histórico serán revi-

sados de diversas maneras a lo largo de los cuarenta y seis *Episodios nacionales*.^o

—

I. Las frases rituales *¿eres tú hombre de valor?* y *asombrar al mundo con algún hecho heroico*, *insigne varón que había derramado su sangre en cien combates gloriosos* confieren a esta escena carácter iniciático; el protagonista comienza su pro-

blancos y su lunar peludo a un lado de la barba.² Cito estos cuatro detalles heterogéneos porque sin ellos no puede representársela mi memoria. Era una mujer hermosa en la vejez, como la Santa Ana de Murillo,³ y su belleza respetable habría sido perfecta y la comparación con la madre de la Virgen exacta, si mi ama hubiera sido muda como una pintura.

Don Alonso, algo acobardado, como de costumbre, siempre que la oía, le contestó:

—Necesito ir, Paquita. Según la carta que acabo de recibir de ese buen Churruca, la escuadra combinada debe o salir de Cádiz provocando el combate con los ingleses o esperarlos en la bahía, si se atreven a entrar.⁴ De todos modos, la cosa va a ser sonada.

—Bueno, me alegro —repuso doña Francisca—. Ahí están Gravina, Valdés, Cisneros, Churruca, Alcalá Galiano y Álava.⁵ Que machaquen duro sobre esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo, que te dislocaron en el cabo de San Vicente.⁶

Mi amo movió el brazo izquierdo con un gesto académico y militar para probar que lo tenía expedito.⁷ Pero doña Francisca, no convencida con tan endeble argumento, continuó chillando en estos términos:

—No, no irás a la escuadra, porque allí no hacen falta estantiguas como tú.⁸ Si tuvieras cuarenta años como cuando fuiste a la Tierra

ceso de maduración de niño a hombre.^o

2. *papalina*: ‘cofia de mujer, con dos puntas que cubren las orejas’, inspirada en la usada por los papas; *saya de organdí*: ‘falda de algodón fino y transparente’.^o

3. Murillo, uno de los pintores más citados en los *Episodios* junto a Velázquez, el Greco y Goya, pintó al menos dos veces a santa Ana: *La Natividad de la Virgen* (1655) y *Santa Ana instruyendo a la Virgen* (1674). Tal vez Galdós pensara en ellos hasta la edición de 1882 al hablar de las «Santas Anas».^{oo}

4. En el capítulo III se afirmará que Alonso había estado en la expedición a Magallanes de 1788, como Churruca; de ahí pudiera deducirse una relación personal que se confirmará en

los capítulos IV y IX. En el presente de la novela —otoño de 1805—, Churruca conoce perfectamente la situación estratégica de la escuadra combinada por estar destinado en Cádiz como comandante del navío *San Juan Nepomuceno*.^o

5. Destacados marinos de la Armada española que ocuparon cargos de importancia en la escuadra combinada durante el combate de Trafalgar.^o

6. El histórico combate *del cabo San Vicente*, ya citado, es y será en adelante fuente de datos ficticios que ayudan a construir la figura de don Alonso.

7. ‘libre, desembarazado de todo estorbo’. En la edición de 1885 se afirmaba que don Alonso «no movía el brazo derecho».

8. *estantiguas*:

del Fuego y me trajiste aquellas cuentas azules, que con los collares de los indios me sirvieron para adornar la urna...⁹ Pero ahora... Ya sé yo que ese calzonazos de Marcial te ha calentado los cascos anoche y esta mañana, hablándote de batallas. Me parece que el señor Marcial y yo tenemos que reñir... Vuélvase él a los barcos si quiere, para que le quiten la pierna que le queda... ¡Oh san José bendito! ¡Si en mis quince hubiera sabido yo lo que era la gente de mar! ¡Qué tormento! ¡Ni un día de reposo! Se casa una para vivir con su marido, y a lo mejor viene un despacho de Madrid que en dos palotadas me lo manda que sé yo a dónde, a la Patagonia, al Japón, o al mismo infierno.¹⁰ Está una diez o doce meses sin verlo, y al fin, si no se lo comen los señores salvajes, vuelve hecho una miseria, tan enfermo y amarillo que no sabe una qué hacer para volverlo a su color natural... Pero pájaro viejo no entra en jaula,¹¹ y de repente viene otro despachito de Madrid... Vaya usted a Tolón, a Brest, a Nápoles, acá o acullá, donde le da la gana al bribonazo del primer cónsul...¹² ¡Ah! si todos hicieran lo que yo digo, qué pronto las pagaría todas juntas ese caballerito, que trae tan revuelto al mundo.¹³

Mi amo miró sonriendo una mala estampa clavada en la pared y que, torpemente iluminada por ignoto artista, representaba al emperador Napoleón, caballero en un corcel verde, con el célebre redingote embadurnado de bermellón.¹⁴ Sin duda la impre-

‘fantasmas’. **9.** *Tierra del Fuego*: isla separada del continente americano por el estrecho de Magallanes. Probablemente alude a la expedición a este estrecho, en 1785, a la que el narrador se refiere más adelante. **10.** *te ha calentado los cascos*: ‘te ha enardecido’; *en dos palotadas*: ‘en muy poco’, como los golpes dados con un palote o palillo. El lenguaje coloquial caracterizará a doña Francisca en todas sus intervenciones. **11.** Doña Francisca utiliza literalmente el refrán que Correas registra con otro sentido: ‘quien tiene experiencia no se deja engañar fácilmente’. **12.** En 1805, cuando habla doña Francisca, Napoleón ya no es *primer cónsul* pero es posible que su confusión obedezca al deseo del autor de reflejar la rapidez con que se pro-

dujo el ascenso político del general francés. Por otra parte, la subordinación de la Marina española a los intereses estratégicos de Napoleón durante estos años justifica que el personaje cite *Tolón*, *Brest* y *Nápoles*, tres importantes centros de las operaciones navales francesas, como lugares a los que podía ser enviado un marino español. **13.** En 1805, contraviniendo los acuerdos internacionales de Amiens y Luneville, Napoleón se proclama rey de Italia en mayo, se anexiona Génova y crea el estado de Luca para su hermana en junio. En consecuencia, Inglaterra, Austria, Rusia, Prusia, Suecia y Nápoles firman en julio la tercera coalición contra Francia. **14.** *redingote*: ‘capote de poco vuelo y con mangas ajustadas’ (galicismo pro-

sión que dejó en mí aquella obra de arte, que contemplé durante cuatro años,¹⁵ fue causa de que modificara mis ideas respecto al traje de contrabandista del grande hombre, y en lo sucesivo me lo representé vestido de cardenal y montado en un caballo verde.¹⁶

—Esto no es vivir —continuó doña Francisca agitando los brazos—. Dios me perdone, pero aborrezco el mar, aunque dicen que es una de sus mejores obras. ¡No sé para qué sirve la Santa Inquisición si no convierte en cenizas esos endiablados barcos de guerra! Pero vengan acá y díganme: ¿para qué es eso de estarse arrojando balas y más balas, sin más ni más, puestos sobre cuatro tablas, que si se quiebran arrojan al mar a centenares de infelices? ¿No es esto tentar a Dios? ¡Y estos hombres se vuelven locos cuando oyen un cañonazo! ¡Bonita gracia! A mí se me estremecen las carnes cuando los oigo, y si todos pensaran como yo, no habría más guerras en el mar... y todos los cañones se convertirían en campanas. Mira, Alonso —añadió deteniéndose ante su marido—, me parece que ya os han derrotado bastantes veces. ¿Queréis otra? Tú y esos otros tan locos como tú, ¿no estáis satisfechos después de la del 14?*

Don Alonso apretó los puños al oír aquel triste recuerdo y no profirió un juramento de marino por respeto a su mujer, a quien consideraba mucho.

—La culpa de tu obstinación en ir a la escuadra —añadió la dama, cada vez más furiosa— la tiene el picarón de Marcial, ese endiablado marinero que debía haberse ahogado cien veces y cien veces se ha salvado para tormento mío. Si él quiere volver a embarcarse con su pierna de palo, su brazo roto, su ojo de menos y sus cincuenta heridas, que vaya en buen hora, y Dios quiera que no vuelva a aparecer por aquí...; pero tú no irás, Alonso, tú no irás porque estás enfermo y porque has servido bastante al rey, quien, por cierto,

* Así se llamaba el combate del cabo de San Vicente. (Nota del autor.)

veniente del inglés *riding-coat*, 'traje para montar'); *bermellón*: 'cinabrio reducido a polvo de color rojizo que se emplea en las artes decorativas'. 15. La estancia del protagonista en casa de don Alonso era de dos años en el manuscrito; quizás se modificó de acuerdo a los *catorce años* que dice tener más arriba y que dan mayor credibilidad a su con-

ducta en el presente de lo narrado.□

16. Napoleón era con frecuencia objeto de láminas ilustradas denominadas «aleluyas», muy populares. En el manuscrito autógrafo puede leerse tachado «emperador Napoleón a caballo pasando una revista», lo cual indica que Galdós tal vez tenía presente una imagen muy concreta.○

te ha recompensado muy mal,¹⁷ y yo que tú le tirarías a la cara al señor generalísimo de mar y tierra los galones de capitán de navío que tienes desde hace diez años...,¹⁸ a fe que debías haberte hecho almirante cuando menos, que hartó lo merecías cuando fuiste a la expedición de África y me trajiste aquellas cuentas azules que, con los collares de los indios, me sirvieron para adornar la urna de la virgen del Carmen.¹⁹

—Sea o no almirante, yo debo ir a la escuadra, Paquita —dijo mi amo—. Yo no puedo faltar a ese combate. Tengo que cobrar a los ingleses cierta cuenta atrasada.

—Bueno estás tú para cobrar estas cuentas —contestó mi ama—, un hombre enfermo y medio baldado...

—Gabriel irá conmigo —añadió don Alonso mirándome de un modo que infundía valor.

Yo hice un gesto que indicaba mi conformidad con tan heroico proyecto; pero cuidé de que no me viera doña Francisca, la cual me habría hecho notar el irresistible peso de su mano, si observara mis disposiciones belicosas.

Esta, al ver que su esposo parecía resuelto, se enfureció más, juró que si volviera a nacer no se casaría con ningún marino, dijo mil pestes del emperador, de nuestro amado rey,²⁰ del príncipe de la Paz,²¹ de todos los signatarios del tratado de subsidios,²² y terminó asegurando al valiente marino que Dios le castigaría por su insensata temeridad.

17. La queja de doña Francisca es tópica y tradicional tanto en la historia como en la literatura. Quevedo se burlaba de una parecida en el encuentro de Pablos con el soldado pretendiente del *Buscón*. Volverá a aparecer en el capítulo xvi.^o

18. *generalísimo de mar y tierra*: título concedido a Manuel Godoy en 1802 para dirigir la campaña de Portugal conocida como «guerra de las naranjas». **19.** *la expedición de África*: más adelante se referirá a ella como «la expedición que salió de Cartagena contra Argel» (p. 16).^o

20. La consabida expresión «nuestro amado rey» referida a Carlos IV, rey de España entre 1788 y 1808, es irónica en doña Francisca, que se permite decir *mil*

pestes sobre él, lo que concuerda con la opinión de cronistas de la época y estudiosos posteriores acerca del desprestigio de la Corona en estos años. **21.** Al término de la guerra con Francia (1795) Manuel Godoy fue nombrado príncipe de la Paz, título que ostentó desde entonces en la mayoría de los documentos públicos y privados. **22.** Se refiere al oficialmente llamado Tratado de neutralidad (1803) entre Francia y España en virtud del cual la segunda conseguía no intervenir en la guerra anglofrancesa a cambio de grandes concesiones económicas a la primera. En la novela figura siempre como *de subsidios*.^o

Durante el diálogo que he referido, sin responder de su exactitud, pues solo me fundo en vagos recuerdos, una tos recia y perruna resonando en la habitación inmediata anunciaba que Marcial, el marinero viejo, oía desde muy cerca la ardiente declamación de mi ama, que le había citado bastantes veces, con comentarios poco benévolos. Deseoso de tomar parte en la conversación, para lo cual le autorizaba la confianza que tenía en la casa, abrió la puerta y se presentó en el cuarto de mi amo.

Antes de pasar adelante quiero dar de este algunas noticias, así como de su hidalga consorte, para mejor conocimiento de lo que va a pasar.

III

Don Alonso Gutiérrez de Cisniega pertenecía a una antigua familia del mismo Vejer. Consagraronle a la carrera naval y desde su juventud; siendo guardiamarina,¹ se distinguió honrosamente en el ataque que los ingleses dirigieron contra La Habana en 1748.² Formó parte de la expedición que salió de Cartagena contra Argel en 1775,³ y también se halló en el ataque de Gibraltar por el duque de Crillon en 1782.⁴ Embarcose más tarde para la expedición al estrecho de Magallanes, en la corbeta *Santa María de la Cabeza*, que mandaba don Antonio de Córdova;⁵ también se halló en los gloriosos combates que sostuvo la escuadra angloespañola contra la francesa delante de Tolón en 1793,⁶ y por último, ter-

1. Alumno de la Escuela Naval Militar.

2. El ataque se inscribe dentro de la Guerra de Sucesión de Austria (1739-1748). El almirante Knowles interceptó la flota española que navegaba de Veracruz a La Habana el 12 de octubre de 1748. Al día siguiente, recibió la noticia de la paz de Aquisgrán, firmada el 20 de abril, por lo que suspendió el ataque sin vencedores ni vencidos. 3. Jerónimo Grimaldi, ministro de Carlos III, organizó esta *expedición contra Argel*, centro de piratería de los estados berberiscos, y con ella rompió un dudoso acuerdo de paz firmado poco antes. La expedición, en la que participaba Federico Gravina,

resultó un fiasco.º 4. Para no prolongar el sitio que desde 1779 había impuesto el ejército español a Gibraltar, se organizó, en septiembre de 1782, un ataque marítimo en el que se utilizaron las famosas «baterías flotantes» — una de ellas mandada por Gravina —, a las que protegía Francisco Alcedo. El ataque fracasó.º 5. Esta expedición (1788), en la que participaron Dionisio Alcalá Galiano y Cosme Damián Churrua, logró trazar los planos de costas, mares y mareas del estrecho de Magallanes. José de Córdova reaparece varias veces en la novela por el combate de San Vicente, con referencias menos halagüeñas.º 6. Den-

minó su gloriosa carrera en el desastroso encuentro del cabo de San Vicente, mandando el navío *Mejicano*, uno de los que tuvieron que rendirse.⁷

Desde entonces, mi amo, que no había ascendido conforme a su trabajosa y dilatada carrera, se retiró del servicio. De resultas de las heridas recibidas en aquella triste jornada, cayó enfermo del cuerpo, y más gravemente del alma, a consecuencia del pesar de la derrota. Curábele su esposa con amor, aunque no sin gritos, pues el maldecir a la Marina y a los navegantes era en su boca tan habitual como los dulces nombres de Jesús y María en boca de un devoto.

Era doña Francisca una señora excelente, ejemplar, de noble origen, devota y temerosa de Dios, como todas las hembras de aquel tiempo, caritativa y discreta, pero con el más arisco y endemoniado genio que he conocido en mi vida. Francamente, yo no considero como ingénito aquel iracundo temperamento, sino antes bien creado por los disgustos que la ocasionó la desabrida profesión de su esposo;⁸ y es preciso confesar que no se quejaba sin razón, pues aquel matrimonio, que durante cincuenta años habría podido dar veinte hijos al mundo y a Dios, tuvo que contentarse con uno solo, la encantadora y sin par Rosita, de quien hablaré después.⁹ Por estas y otras razones, doña Francisca pedía al cielo en sus diarias oraciones el aniquilamiento de todas las escuadras europeas.

En tanto el héroe se consumía tristemente en Vejer, viendo sus laureles apolillados y roídos de ratones,¹⁰ y meditaba y discurría a todas horas sobre un tema importante, es decir: que si Córdoba, comandante de nuestra escuadra, hubiera mandado orzar a babor, en vez de ordenar la maniobra a estribor,¹¹ los navíos *Mejicano*, *San José*, *San Nicolás* y *San Isidro* no habrían caído en poder de los in-

tro de la guerra contra la República francesa, entre octubre y noviembre de 1793 la flota angloespañola ocupó Tolón. La respuesta francesa la obligó a abandonar la plaza. Las tropas españolas, al mando de Gravina, cubrieron la retirada. Volverá a aparecer esta guerra, en su faceta terrestre, en el capítulo VII. 7. Históricamente, el *Mejicano* no se rindió en San Vicente, y participó en Trafalgar. 8. *la ocasionó*: no son extraños al uso del autor los casos de laísmo y de leísmo.

9. *encantadora y sin par Rosita*: 'sin par' era título que Amadís de Gaula daba a Oriana y, a partir de él, los demás caballeros andantes a sus damas; de ahí que Don Quijote lo aplique siete veces a Dulcinea. 10. La frase *viendo sus laureles apolillados y roídos de ratones*, añadida por Galdós en la edición de 1882, con su correspondiente ilustración, incide en la deuda del autor con Cervantes. 11.

11. *orzar*: 'inclinarse la proa hacia la parte de donde viene el viento'; *babor y estri-*

gleses, y el almirante inglés Jerwis habría sido derrotado. Su mujer, Marcial, hasta yo mismo, extralimitándome en mis atribuciones, le decíamos que la cosa no tenía duda, a ver si dándonos por convencidos se templaba el vivo ardor de su manía; pero ni por esas: su manía le acompañó al sepulcro.¹²

Pasaron ocho años después de aquel desastre y la noticia de que la escuadra combinada iba a tener un encuentro decisivo con los ingleses produjo en él cierta excitación que parecía rejuvenecerle. Dio, pues, en la flor de que había de ir a la escuadra para presenciar la indudable derrota de sus mortales enemigos;¹³ y, aunque su esposa trataba de disuadirle, como he dicho, era imposible desviarle de tan estrafalario propósito. Para dar a comprender cuán fuerte y vehemente era su deseo basta decir que se atrevía a contrariar, aunque evitando toda disputa, la firme voluntad de doña Francisca; y debo advertir, para que se tenga idea de la obstinación de mi amo, que este no tenía miedo a los ingleses, ni a los franceses, ni a los argelinos, ni a los salvajes del estrecho de Magallanes, ni al mar irritado, ni a los monstruos acuáticos,¹⁴ ni a la ruidosa tempestad, ni al cielo, ni a la tierra; no tenía miedo a cosa alguna creada por Dios, más que a su bendita mujer.

Réstame hablar ahora del marinero Marcial, objeto del odio más vivo por parte de doña Francisca, pero cariñosa y fraternalmente amado por mi amo don Alonso, con quien había servido.

Marcial (nunca supe su apellido), llamado entre los marineros *Medio-hombre*, había sido contraмаestre en los barcos de guerra durante cuarenta años.¹⁵ En la época de mi narración la facha de este héroe de los mares era de lo más singular que puede imaginarse. Figúrense ustedes, señores míos, un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado a cercén más abajo del codo,¹⁶ un ojo menos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones¹⁷ y con desorden trazados por armas enemigas de diferentes clases, con la tez morena

bor: 'costados izquierdo y derecho de la nave'. **12.** La equivocación estratégica del general Córdova, histórica, se repetirá hasta cinco veces en la novela. Pudo haber sido elegida por Galdós como antecedente de la del almirante Villeneuve en el combate de Trafalgar (capítulo x), con intención pedagógica: no solo los

extranjeros provocan catástrofes en la historia española.° **13.** *dio, pues, en la flor:* 'se habituó, contrajo la costumbre', con cierto sentido peyorativo.° **14.** *ni a los monstruos acuáticos* se añadió en la edición de 1882. **15.** *contraмаestre:* 'quien dirige a la marinería'. **16.** *a cercén:* 'de raíz'.° **17.** *chirlos:* 'cicatrices'.°

y curtida como la de todos los marinos viejos, con una voz ronca, hueca y perezosa, que no se parecía a la de ningún habitante racional de tierra firme,¹⁸ y podrán formarse idea de este personaje, cuyo recuerdo me hace deplorar la sequedad de mi paleta, pues a fe que merece ser pintado por el más diestro retratista. No puedo decir si su aspecto hacía reír o imponía respeto:¹⁹ creo que ambas cosas a la vez, y según como se le mirase.

Puede decirse que su vida era la historia de la Marina española en la última parte del siglo pasado y principios del presente, historia en cuyas páginas las gloriosas acciones alternan con lamentables desdichas. Marcial había navegado en el *Conde de Regla*, en el *San Joaquín*, en el *Real Carlos*, en el *Trinidad* y otros heroicos y desgraciados barcos que, al parecer derrotados con honra o destruidos por la alevosía, sumergieron con sus viejas tablas el poderío naval de España. Además de las campañas en que tomó parte con mi amo, *Medio-hombre* había asistido a otras muchas, tales como la expedición a la Martinica, la acción de Finisterre y antes al terrible episodio del Estrecho en la noche del 12 de julio de 1801, y al combate del cabo de Santa María en 5 de octubre de 1804.²⁰

A la edad de sesenta y seis años se retiró del servicio, mas no por falta de bríos, sino porque ya se hallaba completamente desarbolado y fuera de combate. Él y mi amo eran en tierra dos buenos amigos, y como la hija única del contraamaestre se hallase casada con un antiguo criado de la casa, resultando de esta unión un nieto, *Medio-hombre* se decidió a echar para siempre el ancla como un viejo pontón inútil para la guerra,²¹ y hasta llegó a hacerse la ilusión de que le gustaba la paz. Bastaba verle para comprender que el empleo más difícil que podía darse a aquel resto glorioso de un héroe era el de cuidar chiquillos;²² y en efecto, Marcial no hacía otra cosa que car-

18. El retrato de *Medio-hombre* es un buen ejemplo del uso de la caricatura en Galdós, que parece considerarla como un recurso realista.° 19. La tópica modestia del narrador y la no menos tópica relación pintura-literatura se enlazan aquí con un concepto muy moderno: la fusión de lo grotesco y lo respetable.° 20. la expedición a la Martinica y el combate de Finisterre (1805), reaparecen varias veces a partir del capítulo VI.

El terrible episodio del Estrecho y el combate del cabo de Santa María se exponen en este mismo capítulo. La selección de campañas de Marcial, como las de don Alonso, excepto la expedición a Magallanes, no resultan victoriosas para la Armada española.° 21. pontón: 'buque'. 22. El ámbito doméstico resulta tan difícil a Marcial como a don Alonso, que se consumía tristemente en el capítulo anterior.°

gar, distraer y dormir a su nieto, para cuya faena le bastaban sus canciones marineras sazonadas con algún juramento, propio del oficio.

Mas, al saber que la escuadra combinada se apercibía para un gran combate, sintió renacer en su pecho el amortiguado entusiasmo, y soñó que se hallaba mandando la marinería en el alcázar de proa del *Santísima Trinidad*: como notase en don Alonso iguales síntomas de recrudescimiento, se franqueó con él,²³ y desde entonces pasaban la mayor parte del día y de la noche comunicándose, así las noticias recibidas como las propias sensaciones, refiriendo hechos pasados, haciendo conjeturas sobre los venideros y soñando despiertos como dos grumetes que en íntima confianza calculan el modo de llegar a almirantes.

En estas encerronas, que traían a doña Francisca muy alarmada, nació el proyecto de embarcarse en la escuadra para presenciar el próximo combate. Ya saben ustedes la opinión de mi ama y las mil picardías que dijo del marinero embaucador; ya saben que don Alonso insistía en poner en ejecución tan atrevido pensamiento, acompañado de su paje, y ahora me resta referir lo que todos dijeron cuando Marcial se presentó a defender la guerra contra el vergonzoso *statu quo* de doña Francisca.

IV

—Señor Marcial —dijo esta con redoblado furor—, si quiere usted ir a la escuadra a que le den la última mano, puede ir cuando quiera; pero lo que es este no irá.

—Bueno —contestó el marinero, que se había sentado en el borde de una silla, ocupando solo el espacio necesario para sostenerse—, iré yo solo. El demonio me lleve si me quedo sin echar el catalajo a la fiesta.

Después añadió con expresión de júbilo:

—Tenemos quince navíos, y los francesitos veinticinco barcos. Si todos fueran nuestros, no era preciso tanto... ¡Cuarenta buques y mucho corazón embarcado!

Como se comunica el fuego de una mecha a otra que está cercana, así el entusiasmo que irradió el ojo de Marcial encendió los dos, ya por la edad amortiguados, de mi buen amo.

23. 'se sinceró con él'.